



# LA ÚLTIMA SERRERÍA

# 75

MEMORIA

Maderas Susaeta  
75 años de historia

La última serrería de  
Miranda de Ebro

# MEMORIA DE MADERAS SUAETA

Introducción

Evolución y anécdotas de  
la última serrería de Miranda

Libro Maderas Susaeta



# INTRODUCCIÓN

---

Maderas Susaeta es una empresa familiar, creada en 1941 por Crescencio Susaeta, le sucedió Antonio Susaeta y en la actualidad nos encontramos en la tercera generación, conformada por Arturo Susaeta, gerente desde 1996.

El equipo profesional de Maderas Susaeta, los compone además de Arturo, un responsable de calidad, una directora administrativa, 3 aserraderos y un montador.

Estamos especializados en el suministro de madera estructural a profesionales, almacenes y particulares y contamos con la variedad y la calidad que usted siempre ha buscado.

Disponemos de una amplia gama de productos, así como diversos servicios complementarios, serrería mecánica especial para serrar troncos de hasta 12 m de largo, almacén de maderas, maderas laminadas y complementos, mecanizado, corte y cepillado de la madera siempre con el único fin de satisfacer todas las exigencias de nuestros clientes.

Estamos situados en la zona estratégica de Miranda de Ebro en Burgos, distribuimos nuestros productos a un amplio rango de clientes de la zona porque somos el único aserradero en 50 Km a la redonda.



# EVOLUCIÓN Y ANÉCDOTAS

---

Según datos de la revista n° 1 "Miranda Industrial" de Septiembre de 1956, de las 136 industrias existentes en la ciudad, 49 eran del sector de la madera, más del 36 % del sector industrial, entonces la madera era fundamental y no tenía tantos sustitutos como tiene ahora, lo que obliga a reinventarse continuamente y seguir innovando.

# LA ÚLTIMA SERRERÍA DE MIRANDA



## COMPETENCIA

Maderas Susaeta es la última serrería de la ciudad y ha sobrevivido a otras seis competidoras que se quedaron en el camino durante estos años:

OCAÑA

HERMANOS GARCÍA

MUÑOZ BERNAL

DOMINGO MERINO

MURO

HNOS. PEREZ GONZALO



## FUNDACIÓN

Don Crescencio Susaeta, abuelo del actual gerente creó la empresa Maderas Susaeta en 1941. Su experiencia en la construcción le permitió descubrir un nicho de mercado en el sector de la madera y se instaló en la calle Colón.



## AUGE

En sus mejores años, Susaeta contó con una quincena de trabajadores. A esta plantilla fija había que añadir a empleados de otras empresas que realizaban horas extra con el fin de complementar su salario o darse algún capricho, todavía se recuerda un trabajador que empleó cuatro meses de horas para poder comprarse un reloj.



## POSGUERRA

Durante los años de la posguerra, la falta de corriente eléctrica durante el día obligó a la empresa a trabajar por la noche. El fundador, que vivía justo encima del taller, aprendió a conciliar el sueño con el ruido de la fábrica y sólo despertaba cuando se hacía el silencio, conocedor de que algo no funcionaba.

# CERCANIA AL TREN

La cercanía de las primeras instalaciones a la estación de ferrocarril permitió a la familia Susaeta alquilar parcelas a los tratantes de ganado que acudían a la Feria del 1 de marzo, ya que debían esperar varios días para poder transportar por tren todas las reses.

1  
MAR

FERIA DEL ÁNGEL



# LAS TRAVIESAS DEL METRO DE MADRID

---

En los tiempos de restricciones a la importación de madera, esta empresa suministró material para numerosos puntos de España, así por ejemplo, las traviesas del metro de Madrid tienen muestras de su trabajo y el importante sector del mueble de la Comunidad Valenciana también adquirió grandes remesas de su materia. No obstante, hoy en día, su mercado se encuentra en un radio de 100 kilómetros y el sector sufre una gran competencia exterior con la madera procedente de Finlandia, Austria o Alemania, países de enorme tradición maderera con gigantes empresariales que disponen de extensos bosques donde obtener la materia prima.





## UBICACIÓN ACTUAL

---

En 1954, la empresa se trasladó a su actual ubicación en la carretera N-1, kilómetro 319, y su momento más difícil se produjo quince años después, en 1969, cuando se quemó una gran parte de la empresa y Antonio Susaeta, hijo de Crescencio, tuvo que afrontar la compra de nuevas herramientas y materia prima con serias dificultades financieras. Este revés propició la entrada de maquinaria más moderna y consolidó la actividad hasta nuestros días.



Esta empresa familiar tiene garantizada la sucesión, puesto que el nieto fundador, Arturo Susaeta, gestiona la serrería, sin embargo, su reto radica en superar la actual coyuntura económica y mantenerse con la suficiente entidad para poder competir en un mercado cambiante y globalizado.



Bajo su dirección ha unificado las diferentes secciones de la empresa en un único centro de trabajo, ha incorporado nuevos productos y servicios a la serrería, ha reorientado su actividad al cliente particular y ha dispuesto de una zona de exposición abierta al público.



Además se ha sumado al carro de la comunicación online [maderassusaeta.com](http://maderassusaeta.com) y las redes sociales @maderassusaeta en Facebook, Twitter e Instagram y como proyectos a corto plazo, quiere acometer la edificación de un nuevo pabellón e invertir en nueva maquinaria.



Nuestra historia nos imprime ese carácter de superación y esa ilusión por mantener los valores de nuestra empresa, ligados y comprometidos con el medioambiente, convencidos de que la madera es un material único y singular, estéticamente insuperable, moderno, sano, natural y con un futuro prometedor.



# LIBRO MADERAS SUSAEТА “Crescencio Susaeta Corcuera”

En el año 1902, cuando el país se encontraba en constante ebullición laboral, hizo su triunfante aparición y abrió los ojos a la vida Crescencio Susaeta Corcuera, en la localidad de La Puebla de Arganzón, en el burgalés Condado de Treviño.. Su padre Anselmo Susaeta Susaeta se dedicaba a la construcción, en su

faceta de “Albañil - Promotor”, por lo que la familia se la podía incluir dentro de las pocas que en aquellos años se defendían con cierta soltura económica, en la vida cotidiana de una sociedad amordazada por la falta de trabajo y recursos económicos. Anselmo Susaeta, hombre perspícaz y trabajador, construyó



varias casas, en su faceta de promotor, en Miranda de Ebro, quedándose con una de ellas, para alquilar sus pisos como garantía de unos ingresos en el momento de retirarse de la vida laboral, ya que en aquellos convulsos años del primer tercio del siglo XX, se carecía del derecho a una jubilación financiada por las arcas públicas. La niñez de Crescencio trascurrió con la placidez que, en aquellos inquietos años proporcionaba el pertenecer a una familia asentada en principios éticos y morales, siendo la base en la que

se forjó su carácter formal y cumplidor que, a lo largo de su existencia le permitió granjearse la amistad de la mayoría de sus compañeros, clientes y vecinos. Rompió sus primeros pantalones por las encrespadas cuestas del castillo de Arganzón, en la cúspide de Peña María y se “batió el cobre” con su “compadres” en interminables partidos de pelota a mano en los muros de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. Los juegos de su niñez y adolescencia giraron en torno a la carretera



N-1, que atravesaba La Puebla de Arganzón y fue testigo de las novedades que tan importante vía de comunicación introducía en nuestra vieja piel de toro. Recorrió, con el afán de aventura que caracteriza a la niñez, las estrechas calles del entorno medieval de La Puebla de Arganzón, haciendo de cada día una nueva correría que, poco a poco, fue forjando su carácter de niño decidido al que no le acobardaban las dificultades.

Entrado en la incipiente juventud, con muy pocos años, se incorporó,

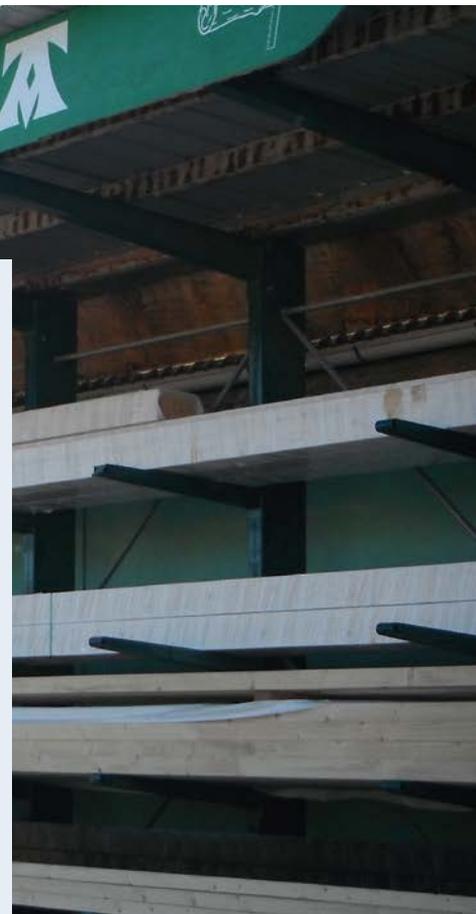
con su padre, a los trabajos de albañilería forjándose un prestigio, como profesional y como persona, que llevó con orgullo toda su vida. Llegado el momento, fundó su propia familia, eligiendo como lugar de residencia su villa natal de La Puebla de Arganzón. Su placentera vida de hombre casado fue rota por la tragedia de la guerra civil, que consumió tres años de su vida en la dura lucha por la supervivencia. Tras la paz, en una España desolada y arruinada que había sufrido un importante deterioro de las infra-



estructuras viarias, se imponía la rutina del trabajo diario para sacar adelante a la familia. Crescencio, a pesar de que había caído estrepitosamente el nivel de renta de los españoles, así como el consumo, no le quedó más remedio que retomar la paleta y dedicarse a lo que había sido su actividad laboral, la albañilería.

Cada mañana, al levantarse, tenía que luchar contra la escasez de alimentos básicos y de primera necesidad, que le obligaba a cuidar con esmero su “cartilla de racionamien-

to”, base del sustento familiar en aquellos años de carencia general de provisiones. Todas las semanas, de lunes a viernes, Crescencio las pasaba trabajando en Miranda de Ebro y sus alrededores. En un tiempo en el que se carecía de lo más elemental, un medio de transporte como la bicicleta, era un artículo de lujo al alcance de muy pocos. Por ello, Crescencio salía muy de madrugada de su domicilio, en La Puebla de Arganzón, recorriendo a pie los diecisiete kilómetros y medio que distaba Miranda de Ebro.



Recorría el camino con el típico hatillo donde portaba la hogaza casera, la tira de panceta y la bota de vino. Complementos alimenticios para la supervivencia semanal fuera de casa. Y el viernes retornaba, a buen paso a su hogar, para abrazar a su esposa y los retoños que había dejado, a principios de la semana, en La Puebla de Arganzón.

Con treinta y nueve años a cuestas y un futuro muy poco halagüeño, Crescencio se planteó dar un golpe de timón a su vida y se embarcó en la incierta aventura de convertirse en empresario maderero, para lo cual abrió una serrería a la que se dedicó, con pasión, hasta el fin de sus días.







## Maderas Susaeta

Crescencio Susaeta, el año 1941, tomó la que posiblemente fue la decisión más arriesgada de su vida. En unos años de escasez total de cualquier suministro industrial, decidió hacerse “emprendedor” y fundar su propia empresa, en un sector, el de la madera, en el que a priori se le suponía ajeno a su problemática. En un país que lentamente iniciaba su puesta en marcha, Crescencio monto su serrería, coincidiendo con un momento histórico en el que las

industrias todavía estaban iniciando tímidamente su proceso de restauración, siendo insuficiente su producción para atender la demanda interna de la reconstrucción. Se agravaba la situación al tener a toda Europa sumida, desde Septiembre de 1939 en el conflicto bélico de la Segunda Guerra Mundial, por lo que el mercado internacional tampoco podía aportar bienes de equipo con los que asumir el proceso de creación de una empresa.

Es de suponer que cuando Crescencio dio el paso de crear su empresa, había sopesado las dificultades que su decisión conllevaba y todo indica que, compró los bienes de equipo necesarios para ponerla en marcha a los propietarios de alguna de las serrerías que, durante la guerra civil se vieron obligadas a cesar en su actividad y que no se reabrieron tras la finalización de la guerra, en Abril de 1939. Las dificultades no solamente afectaban al suministro de los bienes de equipo, sino que una vez adquiridos

estos, como en el caso de Crescencio, era material de segunda mano que había estado parado varios años y había que poner nuevamente en servicio, con el agravante de que no se contaba con repuestos para cubrir las eventualidades en el proceso de producción, una vez puesta en marcha la empresa. El negocio lo montó en una lonja de alquiler sita en la calle Colón, en lo que actualmente es el número 8, y junto a su familia se trasladó a vivir a Miranda de Ebro, en un piso de la casa que hacía esquina a las calles





Colón y Ciudad de Toledo, que era propiedad de su padre y que lindaba con la serrería, por lo que desde su propio domicilio dominaba el movimiento de la empresa.

La instalación de la serrería, aunque básica, constaba de una sierra y la cinta transportadora para el manipulado de los troncos y su posterior transformación en tablonés. Ambas máquinas estaban movidas por sendos motores eléctricos que hubo que revisar, reparar y poner en funcionamiento, con la colaboración de los profesionales del sector eléctrico

mirandés que, tuvieron que aportar todo su saber y conocimiento en los trabajos de reparación, ya que no contaban con los repuestos adecuados en el mercado.

Terminada la puesta a punto de la maquinaria quedaba otro escollo importante, la conexión a la línea eléctrica que existía en Miranda de Ebro, propiedad de la empresa "Sociedad Hidráulica del Ebro", que en aquellos años demostró no estar a la altura de las circunstancias por carecer del capital suficiente para hacer frente a las innovacio-



nes necesarias, a lo que se sumó el desabastecimiento de materias primas y recursos básicos, tras la posguerra y el cierre de fronteras que aisló a España del resto de Europa. La existencia de una red de alumbrado público muy defectuosa provocaba la caída de la tensión en la línea que, dejaba sin luz a amplios sectores de la población mirandesa, fundamentalmente a los del centro de la ciudad por ser la zona más densamente poblada, lo que obligó a las empresas afincadas en esa zona, como la serrería

de Crescencio Susaeta, a tener que plantearse trabajar por la noche, para evitar esa temida caída de tensión que paralizase su actividad y así, pudo mantener la producción durante varios años. Crescencio Susaeta que en los inicios de su actividad contó con cualificados profesionales en su plantilla, delegó los trabajos de producción nocturnos a su encargado, mientras el descansaba ya que las horas diurnas las empleaba en contratar productos básicos, potenciar las ventas y hacer de relaciones públicas de la





empresa. Hombre consciente de la responsabilidad que recaía sobre sus espaldas, aún en las horas que disfrutaba del sueño reparador, siempre estaba alerta de las eventualidades de la empresa. Así, si por cualquier circunstancia, durante la noche caía la tensión eléctrica, la falta de actividad y la ausencia del característico ruido de la sierra, inmediatamente ponía en pie a Crescencio, que bajaba a la serrería a ver la causa de la paralización de la producción. Con los inicios de su actividad empresarial le ofertaron la

posibilidad de instalar un teléfono para una mejor atención a los clientes, cosa que no le pareció oportuna a Crescencio. Pero al poco tiempo se dio cuenta de la necesidad de él. Hizo la pertinente solicitud a la compañía telefónica y tuvo que esperar más de un año para que se lo instalasen. Cualquier medio para obtener ingresos en la empresa era válido y Crescencio Susaeta no dejó pasar las posibilidades que le brindó la Feria de marzo, para obtener unos ingresos extras, alquilando los terrenos de la serrería a los



tratantes que, guardaron durante la semana de feria el ganado en los terrenos de la serrería. El negocio bien llevado por Crescencio fue, poco a poco floreciendo, y viendo que suponía el futuro de su hijo, para que fuese adquiriendo las nociones básicas del negocio, le hizo debutar en la empresa el año 1945, cuando Antonio contaba con catorce años de edad, manteniéndose a pie de tajo hasta su jubilación el, año 1996. Crescencio Susaeta consciente de que su hijo Antonio debía estar al corriente de todas las facetas

de la empresa, desde muy joven se lo llevó, los domingos, a visitar los pueblos en los que hacía negocios de compra de madera, para que conociese a los proveedores y conociese como llevar las negociaciones con los lugareños. Los primeros años los desplazamientos los hacían en taxi, pero el enorme desembolso que suponía la contratación del vehículo, hizo que Crescencio echase cuentas, decidiéndose por comprar un coche para sus salidas de fin de semana. Así, con un fuerte desembolso inicial que amortizó





rápidamente, se compró un Citroen 11 ligero, con el que, acompañado de su hijo Antonio, recorrió todo el contorno mirandés en su actividad como comerciante del gremio de la madera. La empresa bajo la dirección de Crescencio Susaeta fue en ritmo ascendente, en productividad y beneficios, a los pocos años de su constitución. Viendo la prospera marcha de la empresa, el propietario de los terrenos donde estuvo ubicada, en la calle Colón, se planteó una subida del precio del alquiler, que Crescencio consideró

abusiva, por lo que en el año 1954 compró una finca en la carreta N-1, en la que instaló su nueva serrería y en la que actualmente permanece, con las mejoras y actualizaciones que los tiempos y gerentes de la misma la han impuesto. Antonio Susaeta, en su etapa de aprendizaje, en ocasiones formó parte de los "Equipos de Tala" que durante toda la semana trabajaban en el monte cortando los árboles contratados por Crescencio. Era un trabajo duro, ya que habitaban en pleno monte, en unas precarias

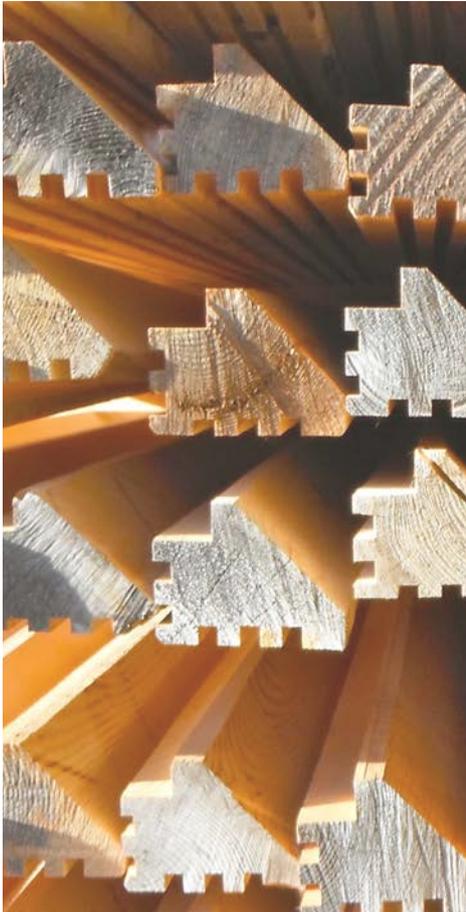


cabañas de madera rústicamente construidas con las ramas de los árboles que talaban, donde reposaban los cansados cuerpos después de los largos días de trabajo. La comida era frugal y rápida, ya que no se podía perder el preciado tiempo de la tala en otro menester que no fuese el derribo de los árboles contratados. La alimentación generalmente estaba compuesta por embutido, panceta, cecina y tocino, a lo que acompañaba un vino de la zona. Comida rica en calorías y proteínas muy necesarias para el

duro trabajo que desarrollaban los madereros.

Una vez concluidos los trabajos de monte, los propios lugareños con sus caballerías, ayudaban a los leñadores a transportar los troncos talados hasta el lugar de la carga sobre los camiones. Siendo normal que, los lugareños, a veces propietarios de los árboles talados, invitasen a los leñadores a comer en sus casas, por ese sentido de la hospitalidad que en aquellos años imperaba en el medio rural. Recuerda Antonio Susaeta la





jovialidad y alegría de las gentes de los pueblos en los que trabajaban. La sonrisa en sus rostros era el claro exponente de un carácter sano y abierto, que recibía a los extraños con cordialidad, brindándoles su mesa donde compartir los alimentos, como si de un hermano se tratase. Con el paso de los años y los avances técnicos, automóviles, televisión... el carácter de los lugareños fue variando hasta considerar a los ajenos al pueblo, como unos extraños a los que se trataba con frialdad y lejanía. Un drástico

cambio que hizo más duro el trabajo en el monte.

Los trabajos en el monte eran muy duros, ya que la tala de los árboles se realizaba con tronzadores, que los madereros siempre tenían afilados, engrasados y en perfecto estado de conservación. Su uso era compartido por dos leñadores que perfectamente acompasados en un movimiento horizontal de "viene y va", derribaban un árbol en pocos minutos. La aparición de las motosierras fue un avance mecánico muy apreciado por los leñadores, pero

no supuso el logro más importantes del sector maderero de la tala, ya que en esa actividad no era en la que se invertía más esfuerzo. Lo que realmente supuso un avance fundamental en la actividad, fue la incorporación de las grúas a los camiones, ya que la incorporación de esos brazos elevadores supuso un enorme ahorro de tiempo en la carga de los troncos y un alivio para los leñadores que, se ahorraron el penoso trabajo de subir la carga a los camiones de forma manual. El primer camión que compró Crescen-

cio Susaeta para la serrería, fue uno de segunda mano al que le acopló una grúa. Siendo el primero de esas características que hubo en Miranda, en el sector de la madera. Crescencio Susaeta fue un hombre intuitivo que preveía los vaivenes del sector y la forma de aprovecharse de ellos. Por ello, cuando el año 1945 España sufrió el aislamiento internacional que duró ocho años en los que se cerraron las fronteras a la entrada de todo tipo de materiales, Crescencio que conocía las posibilidades que



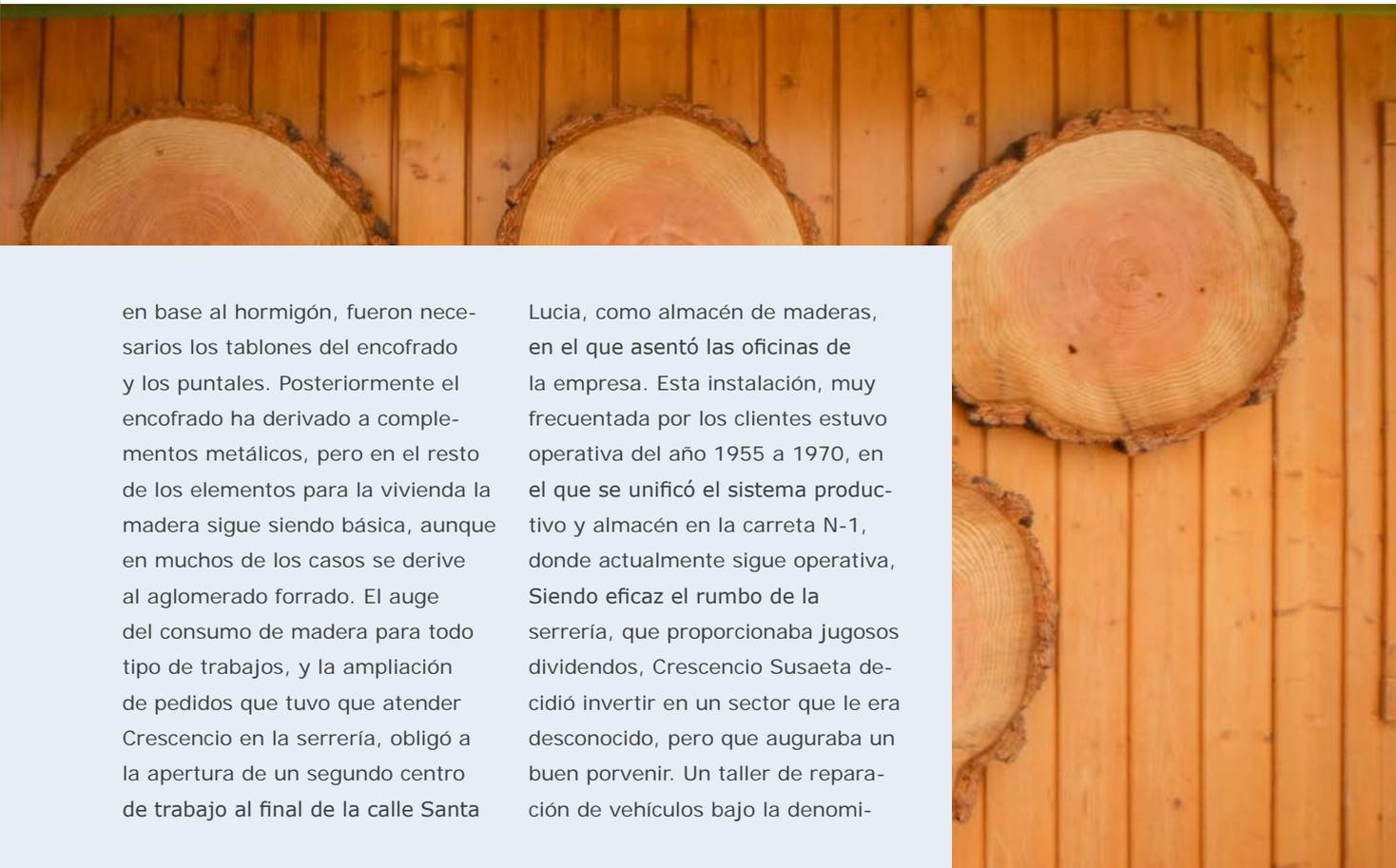


ofrecían los montes norteños, a los que ya se les había aplicado el tratamiento de la “Reforestación” para la producción de madera con fines industriales, sacó beneficio a sus conocimientos. Hábil negociador contactó con clientes de las zonas más necesitadas, Madrid y Levante, por estar ubicadas en ellas empresas de muebles y por ser zonas en avanzado grado de recuperación necesitadas de la madera, que el norte peninsular estaba dotado. Por ello, durante varios años una parte importante de la producción de la

serrería se desvió a esas regiones, en cientos de trenes que se cargaban en las instalaciones de Renfe, en Miranda de Ebro. No se debe olvidar que la madera era básica en los sectores productivos del mueble, carpintería, construcción, pasta de papel y combustible (como leña para el hogar). La construcción sería el sector que más madera consumiría ya que para la construcción de viviendas se usaba para vigas, pilares, cuarterones, tarima, marcos, puertas y ventanas. Cuando se impuso la construcción

en base al hormigón, fueron necesarios los tablones del encofrado y los puntales. Posteriormente el encofrado ha derivado a complementos metálicos, pero en el resto de los elementos para la vivienda la madera sigue siendo básica, aunque en muchos de los casos se derive al aglomerado forrado. El auge del consumo de madera para todo tipo de trabajos, y la ampliación de pedidos que tuvo que atender Crescencio en la serrería, obligó a la apertura de un segundo centro de trabajo al final de la calle Santa

Lucía, como almacén de maderas, en el que asentó las oficinas de la empresa. Esta instalación, muy frecuentada por los clientes estuvo operativa del año 1955 a 1970, en el que se unificó el sistema productivo y almacén en la carreta N-1, donde actualmente sigue operativa, Siendo eficaz el rumbo de la serrería, que proporcionaba jugosos dividendos, Crescencio Susaeta decidió invertir en un sector que le era desconocido, pero que auguraba un buen porvenir. Un taller de reparación de vehículos bajo la denomi-





nación social de “GARAJE RECORD” que, estuvo ubicado en una lonja con entradas por Ramón y Cajal y la calle Arenal. Estuvo funcionando a buen nivel durante una temporada, pero la falta de control directo sobre el negocio, que Crescencio dejó en manos de un Encargado General, hizo que los ingresos no fuesen los que en un principio se preveía. Por tal motivo a los dos años (1965-67), aproximadamente, traspasó el negocio, dedicándose exclusivamente a la serrería y la venta de madera, en todas sus facetas.

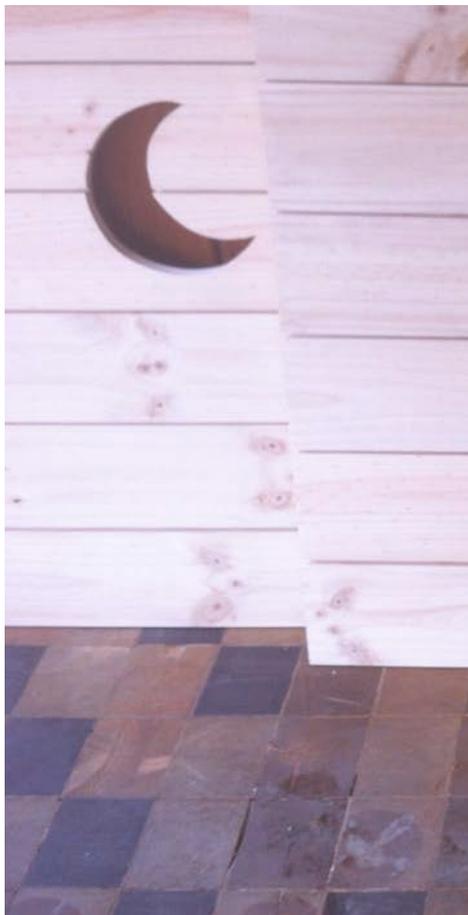
El año 1966, tras veinticinco años de actividad maderera, Crescencio Susaeta se jubiló, aunque su vida siguió girando en torno a la serrería, pasando la empresa a nombre de su Hijo Antonio Susaeta Usategui, que asumió la dirección del negocio con treinta y cinco años de edad y veintinueve de experiencia en el comercio de la madera.

El año 1969 fue el más duro que Antonio Susaeta y su padre Crescencio pasaron desde la fundación de la serrería. Una mala noche del mes de Julio por una colilla de

cigarro mal apagada, la empresa fue pasto de las llamas, La impotencia se apoderó de Antonio y Crescencio, que alertados del percance, veían consumirse el tiempo sin que apareciesen los bomberos de Miranda, que habían sido avisados una vez detectado el incendio, Crescencio reaccionó llamando a los de Vitoria, que con gran celeridad acudieron a sofocar el fuego de la serrería. Posteriormente se sumaron los de Miranda y entre ambas plantillas se pudo extinguir el incendio. A sofocar el fuego se sumaron parte

de los trabajadores de la empresa y uno de ellos, con una motosierra fue cortando las cerchas y la madera del tejado del pabellón de las máquinas, con lo que se pudo atajar en parte el incendio, aunque fue de tal intensidad que consumió todo el material almacenado, así como las instalaciones y maquinaria, con lo que la empresa quedó reducida a la nada. La Compañía de Seguros no atendió el siniestro en su totalidad, basándose en la antigüedad de la Póliza, que se firmó cuando el negocio empezaba su andadura, siendo





inferior el valor del contenido que el quemado en el incendio. Por lo que les abonó una ínfima cantidad con la que apenas les llegó para atender los gastos básicos del incendio. Fue para Antonio y Crescencio, como si el mundo se hubiese caído sobre sus espaldas. Comprobaron atónitos como todo el esfuerzo de su vida se fue convertido en humo. Un cúmulo de circunstancias adversas dio al traste con 28 años de duro trabajo. Pero como buenos luchadores, tras un fuerte encon-tronazo, se alzaron con el ánimo

dispuesto a la brega y gracias a su tesón y trabajo volvieron a levantar la empresa. El primer desagradable lance que tuvieron que lidiar fue el económico, ya que tuvieron que pedir un “Crédito Hipotecario”, para poder seguir adelante con el negocio, a una entidad bancaria mirandesa que, se lo concedió aplicándoles un interés nominal del 20 %, rayando en la usura, pero que no les quedó más remedio que aceptar. Y tras largos años de lucha y trabajo hicieron frente al crédito que les lastró y menguó los bene-

ficios anuales, pero no les impidió volver a levantar la empresa que significaba el orgullo del apellido Susaeta.

Para conseguir remontar el vuelo tras el desastre del incendio, Antonio y Crescencio no dudaron en recurrir a todo tipo de anuncios. Así, se podían ver filminas en las sesiones de los cines de Miranda y ciudades próximas. También aprovecharon las posibilidades que le daban las revistas para dar a conocer las bonanzas de los productos de su serrería.

Una actividad complementaria a la serrería, como es la plantación de árboles madereros, fue desarrollada de forma eficaz por Crescencio y Antonio, que usaron dos modalidades:

- 1).- Comprar terrenos próximos a cauces fluviales para usarlos como plantaciones, generalmente de chopos, y
- 2).- Acordar con Ayuntamientos el uso de las márgenes de los ríos que pasaban por su jurisdicción, para plantar chopos. Corriendo por cuenta de la serrería los gastos y repartiéndose los benefi-





cios con los ayuntamientos afectados por la plantación talada. Tras el incendio y con la dirección de Antonio Susaeta, se inició un lento cambio en el sistema productivo de la empresa. Se modificó la sección de aserrado de troncos y se montó la cadena de fabricación de palés, se modernizaron los vehículos de la empresa para hacerlos más operativos en sus trabajos de monte y se abrió, con cierta timidez, la empresa a los nuevos productos, derivados de la madera, que comenzaron a invadir el mercado nacional.

Tras cincuenta y un año de trabajo en la serrería y con treinta de ellos en su condición de Director-Gerente, Antonio el año 1996 cedió el mando a su hijo Arturo Susaeta Montoya, con lo que la empresa "Maderas Susaeta", inició una nueva etapa que se ha caracterizado por la modernización de la entidad maderera, incorporando a su almacén los nuevos productos que demandan los consumidores. Arturo contó en sus inicios, como Gerente de "Maderas Susaeta", con el inestimable asesoramiento de su padre Antonio,

que le puso al día de las triquiñuelas de la actividad y le encauzó en el manejo del negocio. Una de las primeras decisiones que tomó Arturo, fue la de unificar la totalidad de las secciones de la empresa en un mismo centro de trabajo. Así, las oficinas que desde 1955 se mantenían en la calle Santa Lucía, el traslado, el año 1997, a las actuales instalaciones en la Nacional 1, con lo que consiguió una mayor efectividad entre las diversas secciones de la empresa. Fueron pasando los años bajo la eficaz dirección

Arturo Susaeta, que al repasar los inicios de la actividad comprobaba la solidez de la empresa, ya que en los inicios su abuelo Crescencio tuvo que competir con otras seis serrerías, siendo en la actualidad la única que perdura en Miranda de Ebro y su zona de influencia. Arturo en su afán de consolidar la empresa como una de las punteras en el ámbito de la madera, tuvo en cuenta la evolución del sector y las posibilidades que brindaban los nuevos productos que se iban incorporando al mercado.





Para poder aplicar sus ideas al negocio tuvo que aumentar las instalaciones y posteriormente vallarlas con una decorativa cerca de madera, muy acorde con el producto básico que representa a la empresa. Posteriormente se dedicó a la ampliación de la cadena de aserrado de los troncos para convertirlos en tablones de diverso grosor. Mantuvo y mejoró la sección de fabricación de palés de madera y organizó de forma más práctica los troncos de las diversas variedades de madera (pino, roble, castaño...),

que ocupaban la campa de almacenamiento.

Por último, en la zona de ampliación de la empresa mostraba a los compradores la variedad de productos que son más demandados en el sector. En el apartado de tableros ofrece a sus clientes una amplia variedad en atención al formato; contrachapados, revestidos, y de madera maciza.

En el campo de los revestimientos interiores tiene ofrece a los parroquianos un buen producto de madera natural machihembrada



para suelos en varias especies. Asimismo, también oferta suelos laminados y revestimientos murales imitando las especies de maderas más conocidas (roble, nogal, pino, sapelli, etc.). Amplía la oferta con paneles ornamentales de variadas formas y otros empanelados a base de plafones que imitan estilos clásicos. Es normal encontrar en sus expositores un amplio surtido de madera laminada con variadas secciones y longitudes, que cubren sobradamente las necesidades del cliente más exigente a la hora de

realizar una cubierta de madera de calidad. Oferta Arturo a sus visitantes pilares, vigas, cerchas y cuartones con un tratamiento sólido antiparasitario, que garantiza la larga pervivencia de sus productos. Arturo Susaeta ha dotado a la empresa, que el año 2014 mudó el nombre social al de “Maderas Susaeta S. L.”, de todos los productos derivados de la madera que actualmente están siendo demandados por los consumidores, sin olvidar los elementos auxiliares a emplear con ellos. Así, puede suministrar





barnices, productos antiparasitarios, tornillería, clavos especiales, elementos de anclaje... para facilitar el trabajo de acopio de materiales al comprador. Una oferta muy demandada y consumida por los clientes son los complementos auxiliares de jardines: bancos de madera de diversas formas y tamaños, casetas prefabricadas preparadas para su pervivencia en el exterior, de varias superficies y estilos, Mesas personalizadas de planchas macizas... y cualquier producto de la madera que se pueda encontrar en

el mercado de la decoración. Tras setenta y cinco años de actividad de la empresa fundada por Crescencio Susaeta, su nieto sigue manteniendo el mismo criterio básico que se abuelo y su padre: "Respetar la naturaleza restituyéndola lo que te da", por ello es ferviente defensor de la reforestación y la tala controlada de la riqueza forestal. Arturo es consciente de que la opinión pública culpa a las serrerías del deterioro de los bosques, cuando la realidad es bien distinta, ya que son las serrerías las primeras que

desean que no se abuse de una tala indiscriminada que llevaría a sus empresas a la ruina, ya que la explotación sin control, es un perjuicio para el monte y para los que viven de explotar sus recursos.

Talar lo que demanda el mercado y reforestarlo a continuación, es la norma básica que ha mantenido la familia Susaeta desde el inicio de su actividad maderera y actualmente Arturo sigue aferrado a ella. Comprobando que desde hace unos pocos años, la administración se ha volcado en la reforestación de

bosques, montes y terrenos baldíos, dotando de un pulmón verde que, regenera el medio ambiente, a los ciudadanos de una sociedad devorada por las prisas y la electrónica. Con esta sucinta exposición de las eventualidades soportadas por una serrería, enmarcada dentro de la empresa de tipo familiar, fundada hace setenta y cinco años por Crescencio Susaeta, solamente queremos que las conozcan nuestros proveedores, clientes y amigos, agradeciéndoles el apoyo que a lo largo de los años nos han brin-





dado y esperando que en el futuro cuenten con nuestros productos y el asesoramiento que desde setenta y cinco años de experiencia les podemos brindar.

Muchas gracias a todos por contar con nuestra empresa y permitanme que les envíe un cordial saludo.

Gerente: Arturo Susaeta Montoya



FAMILIA  
SUSAETA



# LA ÚLTIMA SERRERÍA

Memoria de Maderas Susaeta  
75 años de historia